



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

El dinosaurio

Miguel Álvarez Navarro



DIPLOMA 2018

El dinosaurio

Miguel Álvarez Navarro

EL DINOSAURIO

Maik

“Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”. Es un microrrelato. El favorito de mi amigo Nico. Lo escribió el autor guatemalteco Augusto Monterroso en 1959. Yo no entendía cómo le podía gustar tanto una simple frase. Él me decía que la clave estaba en que cada uno podía interpretar el papel del dinosaurio y el por qué todavía estaba allí como quisiera y, por tanto, su significado cambiaba según la persona que lo leyera. Para mí esa frase no tenía ninguna importancia, hasta que un día yo fui “el dinosaurio”. Contaré todo desde el principio.

Era martes y mayo. Los lunes no tenía clases, pero eso no quitaba que el martes se convirtiera en mi nuevo lunes, y más teniendo un examen. No era un examen especialmente difícil, pero mi incapacidad para mantener la calma cuando me encuentro solo frente al papel con mi bolígrafo y mi mente abstraída como únicas armas hacían que lo fuera. Mi plan era el de siempre: entrar, aprobar y salir. No siempre funcionaba, claro está. Sin embargo, ver la situación simplificada a esa ecuación me ayudaba a quitarle peso. Así que entré, intenté aprobar y salí. A la salida el profesor pidió que nos identificáramos con el DNI. Yo saqué el DNI de mi cartera y se lo mostré para luego firmar en la lista.

Cuando llegué a casa saludé a mi padre, que estaba cocinando con la radio de fondo, como siempre. Me giré y caminé hacia mi habitación. En el camino noté que me decía algo, pero el sonido de la radio no me dejó escucharle. Volví a la cocina y bajé el volumen de la radio y le volví a preguntar:

—¿Qué?

—Que llamaron de la uni hace quince minutos. Una chica, de conserjería. Dijo que te habías dejado la cartera en clase y que pases a recogerla —dijo mi padre con los ojos llorosos mientras cortaba cebolla.

—Mierda... Vale, mañana la recojo.

—¡Espera! —Me dijo cuando yo salía— ¿Mañana puedes llevar a tu hermano al hospital a las pruebas de la alergia? Voy a estar trabajando y lo tengo imposible.

—Si es por la mañana no hay problema.

—Sí, a las 9 de la mañana.

—Vale, yo le acompaño —contesté mientras salía de la cocina.

Me tiré en mi cama y dediqué un momento a pensar en lo que iba a hacer mañana. Siempre me gusta tener todo planeado, aunque en el fondo siempre he vivido convencido que nada sale como se espera y que, por tanto, no vale la pena tratar de tener todos los cabos atados. Se me ocurrió pedirle a Nico que me fuera a buscar la cartera. A Nico lo conocí en segundo. Yo tengo la teoría de que la gente que estudia ingeniería suele tener algunos rasgos comunes en su personalidad. Él rompía completamente ese patrón y yo tampoco me identificaba con esa idiosincrasia ingenieril. Quizás fue por vernos tan alejados del resto por lo que acabamos estando tan cerca, casi como hermanos. Él, Yaiza y yo siempre nos sentábamos juntos, nos gustaba hablar de cocina, de arte, de música, de nuestra forma de ver las cosas... En el fondo éramos unos incomprendidos que habíamos encontrado un pequeño refugio social en esa especie de pequeña familia. Yaiza ya había terminado casi todas las asignaturas. Ella siempre fue un paso por delante de nosotros en la carrera, de modo que ese año sólo estábamos Nico y yo. Teníamos mucha facilidad para hacernos reír el uno al otro. De hecho, la vez que más me reí en la universidad fue en una clase de dibujo en la que el profesor, que se llamaba Melchor, nos estaba explicando y Nico con toda su inocencia levantó la mano y dijo: —Perdone, Gaspar ¿Puede repetir lo último que dijo? —Recuerdo ver toda la clase riéndose con lágrimas en los ojos. El profesor intentó restarle importancia a la tragedia y seguir con la clase, pero para mí fue tan fuerte el golpe que fui incapaz de volver a prestar atención. Seguramente no era la primera vez que alguien confundía el nombre de Melchor con el de otro rey mago.

Cogí el móvil y le escribí a Nico si me podía recoger la cartera. Él me contestó al momento:

— ¿Crees que me la darán? Quizás deberías avisar a la gente de conserjería de que voy a ir en tu lugar— respondió Nico desconfiando de mi plan.

De modo que llamé a conserjería y les dije que si podía pasar a recoger mi cartera otra persona. La mujer que me contestó fue la misma que llamó a mi casa. A mí me parecía una

persona adorable porque siempre que teníamos un problema trataba de ayudarnos y se preocupaba por nosotros. Es una suerte que aún haya gente que lo haga todo más fácil. Tan solo me pidió que hiciera una autorización por escrito, y eso hice.

Al día siguiente por la mañana salí de mi casa camino a llevar a mi hermano pequeño al alergólogo. Para cuando yo saliera Nico ya tendría mi cartera y ya no tendría que preocuparme de ello. Ya en el hospital, mientras mi hermano iba haciendo cada una de las pruebas, yo me distraía mirando por la ventana desde el pasillo de la planta. Desde ahí arriba me quedé viendo cómo la gente entraba y salía. De vez en cuando las ambulancias llegaban. “Seguro que existe una correlación entre lo grave que es una situación y lo rápido que llega una ambulancia”, reflexionaba esperando a que mi hermano saliera. Mientras observaba llegó una enfermera y entró en la sala donde estaba mi hermano. Venía de prisa, buscando a la enfermera que nos atendía.

—Te necesitamos abajo. ¿Puedes? Un chico con traumatismo craneoencefálico —dijo preocupada.

—Sí, ya bajo —respondió.

Nos pidió que esperásemos un ratito y salió de la habitación con su compañera. El hospital tenía una planta cerrada y muchos de los pacientes se acumulaban en los pasillos de las plantas habilitadas. Mientras esperábamos a la enfermera una señora mayor entró en la habitación, se acercó a nosotros y nos comenzó a hablar. Era una persona muy graciosa. Nos contaba que a ella en realidad no le pasaba nada, que sólo venía al hospital a buscar un novio. Cuando se iba a ir sacó de su bolsillo dos cruces pequeñas y nos las ofreció. Yo no me considero una persona creyente, pero la acepté sin dudarlo. Nosotros no teníamos nada que pudiéramos darle, pero como nunca conocimos a nuestras abuelas se me ocurrió pedirle que si quería ser la nuestra. Ella se rio y aceptó mi propuesta con un “claro que sí, mi niño” muy canario. Al cabo de veinte minutos la enfermera volvió y nos dio los resultados. Salí del hospital con una abuela y un hermano con menos alergia a las proteínas de la leche.

Cuando salimos fuimos a la parada de guaguas, ya eran las 12:30, demasiado tarde como para que mi hermano fuera al colegio. De modo que fuimos a casa. A esa hora Nico ya debía haber cogido mi cartera. Cogí el móvil y le llamé, pero no me lo cogió. Lo volví a llamar

pasados unos minutos, pero tampoco. Decidí dejarle un mensaje y esperar a que me respondiera. Yo necesitaba tener mi cartera y empecé a perder la calma. Se me ocurrió llamar a conserjería y preguntar si Nico había cogido la cartera. La chica de conserjería me lo confirmó. Nico había pasado hace un par de horas. Probablemente ya estaría en su casa. Cuando llegué a mi casa mi padre ya había vuelto de trabajar. Se acercó a mí, extrañado:

—Oye, me ha llamado la policía preguntando sobre si habías perdido tu cartera. Les he dicho que sí y me han dicho que han encontrado a un chico que la llevaba encima saliendo de la universidad.

—¿Cómo? ¿Y dónde está?

—¿El chico o la cartera?

—El chico —aclaré yo.

—No tengo ni idea, me dijeron que la cartera la puedes recoger en la comisaria.

Todo estaba siendo de locos. Al no saber nada sobre Nico empecé a inundarme de conjeturas. “¿Y si le pararon y le quitaron mi cartera pensando que me la había robado?”, pensé. Es posible, pero seguía sin encontrar una razón por la que no me respondiera a las llamadas. En ese momento mi prioridad pasó a ser encontrarle. Nico era de Lanzarote y vivía en un piso compartido, por lo que se me ocurrió llamar a sus compañeros de piso.

—Salió por la mañana, pero no ha vuelto. Dijo que iba a la universidad a por tus cosas. Se dejó aquí el móvil — me contestó Carlos, que vivía con él.

“¿Qué coño le habrá pasado?”, me preguntaba a mí mismo. Entonces me fui a la universidad a buscarle. El reloj marcaba las 15:00. Yo no había comido en toda la mañana y empecé a sentirme fatigado, pero quería saber qué le había pasado a Nico. Entré en el edificio de ingeniería y recorrí cada uno de los pasillos, la cafetería, la biblioteca, la sala de ordenadores... pero no daba con él. Me senté en el patio y vi a Juan Carlos, nuestro profesor de mates, que se acercaba hacia mí. Parecía nervioso. Me miró y me preguntó:

—¿Estás buscando a Nico?

—Sí. Bueno, en realidad llevo toda la mañana buscándolo.

Entonces se mantuvo en silencio unos segundos, mirando hacia el suelo, como buscando las palabras en él.

—Esta mañana ha habido un accidente —me dijo con la voz rota—, Nico estaba cruzando la calle y un coche le atropelló —yo sentí que todo se derrumbaba al escucharle. No era capaz de asimilarlo—. Iba con los auriculares puestos y no lo oyó venir. El conductor no tuvo tiempo de reaccionar y, aunque no iba muy rápido, el golpe fue fuerte. Yo mismo llamé al 112 y esperé por la ambulancia. Los primeros en llegar fueron los policías y luego la ambulancia. Dijeron que había sufrido un traumatismo craneoen... craneoenfa...

—¿Craneoencefálico? —Dije anticipándome.

—Sí, eso, craneoencefálico.

En ese momento me quedé sin palabras. En mi mente se unió todo. Nico habría recogido mi cartera y luego sufrió el atropello. La policía únicamente habría encontrado mi cartera en sus bolsillos y por eso llamó a mi casa. Y, lo peor de todo, probablemente la persona que llegó en la ambulancia cuando yo estaba en el hospital sería él.

Llegué tan rápido como pude de vuelta al hospital y subí por el ascensor. Tenía miedo. No sabía lo que me iba a encontrar. Miedo a lo desconocido. Tenía tanta tensión dentro de ese ascensor que era capaz de escuchar mis propios latidos. Sentía el sudor frío bajando por mi frente. Tan frío que me quemaba. Y un nudo en mi garganta. Salí del ascensor en busca de la habitación. No aguantaba más. Llegué a la puerta, que estaba medio abierta. Toque dos veces. Al no escuchar respuesta entré. Nico estaba en la cama con los ojos cerrados, un collarín y una venda en la cabeza. Me acerqué y le llamé en voz baja:

—Nico.

Entonces empezó a abrir el ojo izquierdo, parecía que se despertaba. Me miró con el ojo entreabierto.

—Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí —me dijo sin energía, casi susurrando y se durmió.

Para mí fue una señal de tranquilidad. No necesitaba decir más. No quería que dijera nada más. Estaba cansado. Saber que en ese momento yo era el dinosaurio me era suficiente para saber que todo en su cabeza seguía funcionando. La familia de Nico estaba en Lanzarote, así que me quedé con él en el hospital. Ellos llegaron tan pronto como pudieron, en la noche de ese mismo día. Los médicos decían que podía tener secuelas. Al paso de los días iba mejorando y teniendo más vitalidad. Yo me quedaba tanto tiempo como podía. Pasábamos el día jugando a las cartas y al ajedrez sobre la cama. Los primeros días él no podía ver muy bien. Además, el collarín no le dejaba moverse con soltura. Yo pasaba los días yendo del hospital a la universidad y volviendo, apenas pasaba por mi casa. Cuando estaba en la universidad me sentía muy solo y desubicado. Los compañeros de clase y los profesores se acercaban a mí y me preguntaban por Nico. Iban a verle al hospital y le llevaban cosas. Al cabo de unas semanas le dieron el alta. El día que volvió a clase le ovacionaron. Todos celebramos que estuviera bien.

Un día de esa misma semana nos sentamos en el patio. Nos gustaba sentarnos en donde daba el sol a hablar. Nosotros la llamábamos “hacer la fotosíntesis”. Le pregunté a Nico:

—¿Recuerdas cuando llegué al hospital... qué fue lo que me dijiste?

—La verdad es que no me acuerdo de nada de ese día —me contestó.

—Te despertaste y me dijiste “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí” —Nico me miró y se rio—. Cuando dijiste eso supe que estabas bien —le dije.

—No sé por qué te lo dije, pero sí es verdad que tienes cara de dinosaurio —nos reímos como hacía tiempo que no lo hacíamos.

Esta semana estamos preparando la orla. Por fin estamos tocando el final con la punta de los dedos. Hoy nos toca hacernos las fotos y a Nico le preocupa que en las ellas se le vea la cicatriz que tiene en la cabeza desde el accidente. Yo le tranquilizo diciéndole que no se preocupe, que nos van a poner un gorro que es muchísimo más feo que la cicatriz y que nadie la va a ver.